

CAPITULO XXX.  
GOBIERNO COLONIAL.

(CONTINUACION.)

SUMARIO.

1. DISPOSICIONES DEL SR. HIDALGO.—2. MARCHA Á VALLADOLID.—  
3. PREPARATIVOS DE DEFENSA EN ESTA.—4. LOS CORONELES GAR-  
CÍA CONDE Y RUL.—5. SON HECHOS PRISIONEROS.—6. HUYEN ABAD  
Y QUEIPO Y LAS AUTORIDADES.—7. JUNTA, SE NOMBRAN COMISIONA-  
DOS.—8. ENTRA EL SR. HIDALGO Á VALLADOLID, REGOCIJOS.—  
9. SE DISGUSTA.—10. EL GOBERNADOR DE LA MITRA.—11. MISA  
SOLEMNE.—12. LAS TABLILLAS DEL EXCOMULGADO.—13. DESÓR-  
DENES.—OBSERVACIONES.

1. En los primeros ocho dias del mes de Octubre, se ocupó el Sr. Hidalgo no solo en arreglar y disciplinar su ejército, sino que dictó todas las órdenes necesarias á fin de que quedase la administracion de la provincia de Guanajuato en corriente. Constantemente estaba recibiendo partes de los movimientos de Calleja, así como de la marcha de Flon. No entrando en su plan de operaciones esperar al enemigo en aquella ciudad, sino el de hacer cundir el fuego de la revolucion por el mayor número posible de provincias, y el de estar continuamente en movimiento; en una junta de guerra que se celebró, quedó acordado que se marcharia sobre la plaza de Valladolid (Michoacan.)

2. De conformidad por lo resuelto, libró el Sr. Hidalgo las órdenes respectivas para mover su ejército, disponiendo que una fuerza de tres mil hombres, al mando del coronel Mariano Jimenez, formase la vanguardia y la que se puso en marcha la mañana del 8 de Octubre. El Sr. Hidalgo permaneció ese dia y el siguiente ocupado en dictar sus últimas disposiciones para dejar á Guanajuato. El dia 10 salió con todas sus fuerzas, no dejando en la plaza, mas que la muy necesaria para guardar el orden de la ciudad y no para sostenerla; recogió todos los fondos; llevándose treinta y ocho españoles. Los demas quedaron reunidos á los que iban trayendo de las varias poblaciones de la provincia y se les puso en la Alhondiga, siendo su número de doscientos cuarenta y siete españoles. Con el fin de que se ignorase la direccion de su marcha, hizo circular la voz que se dirigia á Querétaro, pero puesto ya en camino, dividió su ejército en dos columnas, tomando el rumbo del Sur, para marcharse á Valladolid por el valle de Santiago y Acambaro. La fuerza que mandaba Aldama, emprendió su marcha de Celaya á Indaparapeo en donde se incorporó al Sr. Hidalgo.

3. Desde que en Valladolid se tuvo noticia del primer movimiento del Sr. Hidalgo, las autoridades de esta provincia, se aprestaron á luchar, moviendo los recursos necesarios para poner á la capital en estado de defensa. Contaban para este objeto con la fuerza del cuerpo de infanteria provincial, y con las compañías que allí mismo comenzaron á levantar, siendo el jefe de estas el prebendado de aquella catedral, D. Agustin Ledos. Arreglóse una maestranza y fundicion de artillería, siendo el director de estos dos establecimientos, el obispo electo Abad y Queipo, el que dispuso para dar principio á la fundicion, bajar el esquilon mayor de la catedral.

4. Pero el espíritu marcial que daba aliento á estos eclesiásticos, se apoyaba en que de un momento á otro entrarian á la ciudad los coroneles García Conde y Rul y el intendente Merino, que el virey los habia hecho marchar violentamente para que pusiesen en estado de defensa á Valladolid.

5. Grande fué la sorpresa y postracion de ánimo en que entraron Abad y Queipo, el prebendado Ledos y demás eclesiásticos que con gran entusiasmo habian tomado la defensa de la plaza, al saber que los coroneles García Conde y Rul, y el intendente Merino habian sido hechos prisioneros cerca del pueblo de Acámbaro por el

jefe de una de las fuerzas de los independientes, llamado Luna y conocido generalmente con el nombre del "Torero", y que los condujo al pueblo de Indaparapeo donde se encontraba el Sr. Hidalgo.

6. Todos estos [proyectos] quedaron en nada; el bélico ardor de aquellos eclesiásticos disipose como el humo y solo pensaron ya en poner á salvo sus personas, saliendo de Valladolid y con mucha reserva, el asesor D. José Alonso Terán, que fungia de intendente, Abad y Queipo á muy pocos dias se les vió en esta capital, yéndose otros á muy distintos puntos segun las circunstancias se los permitieron.

7. La aproximacion á Valladolid del Sr. Hidalgo con sus fuerzas vino á introducir en la ciudad el mayor desconcierto, no pensando ya sus habitantes en defenderse, sino en preparar la recepcion que se le debia hacer al Sr. Hidalgo. Con este objeto hubo una junta y se acordó en ella nombrar tres comisionados que saliesen á encontrar al caudill á Indaparapeo, siendo los comisionados el canónigo Vetancourt, el capitán D. José María Arancibia y el regidor D. Isidro Huarte. Presentáronse en aquel pueblo al Sr. Hidalgo, manifestándole el objeto de su comision.

8. El 15 de Octubre entró la primera fuerza á Valladolid al mando del coronel Rosales; el 16 la segunda, á las órdenes del coronel D. Mariano Jimenez, y el 17 entró el resto del ejército yendo á la cabeza el Sr. Hidalgo vestido con el uniforme de capitán general, Allende con el de teniente general, y Aldama y el padre Balleca con el de mariscales de campo, siendo recibido con repiques, cohetes, músicas y demostraciones públicas.

9. Al pasar el Sr. Hidalgo por el frente de la catedral, quiso entrar ha hacer oracion, pero observando que las puertas del templo estaban cerradas, siguió su marcha, manifestando un sumo disgusto por aquel incidente y diciendo: que todas las canongías de aquella catedral quedaban vacantes, á excepcion de solo cuatro. Hospedóse en la casa del canónigo Cortes, encontrándose allí, una comision compuesta de los canónigos Vetancourt, Michelena y Silva, con el objeto de recibirlo y felicitarlo, lo que calmó algo el disgusto que habia tenido el Sr. Hidalgo.

10. Al marcharse Abad y Queipo de Valladolid, encargó del gobierno de la mitra al canónigo conde de Sierra Gorda, nombra-

miento que en aquellas circunstancias fué desacertado, por la falta de resolucion de este personaje. Habiendo sabido el canónigo el disgusto que produjo al Sr. Hidalgo el que no estuviese la Catedral abierta cuando entró á la ciudad, temió sus consecuencias, y á fin de impresionar al Sr. Hidalgo de una manera favorable, mandó quitar de las puertas de la iglesia las *tablillas* que habia hecho fijar el obispo electo de Michoacan Abad y Queipo, y en las que constaba la excomunion fulminada por el mismo obispo electo contra el Sr. Hidalgo. Mandó igualmente circulares á todas las parroquias ó curatos de su jurisdiccion, en las que les ordenaba á sus párrocos manifestasen al pueblo que el Sr. Hidalgo no habia incurrido en ninguna censura eclesiástica, y por consiguiente que no estaba excomulgado. Dias despues dispuso una solemne misa en accion de gracias y *Te-deum* en la catedral, á la que no asistió el Sr. Hidalgo, ya bien fuese por sus ocupaciones ú otro motivo, asistiendo en su nombre el Sr. Allende.

En la tarde de ese dia los indios atacaron las casas de varios españoles, asesor Terán, Arenas, Aguilera, Lozal, Aguirre, Olarte y canónigo Bárcena, cometiendo toda clase de excesos y robando lo que en ellas encontraron. En el momento que el Sr. Allende tuvo conocimiento de lo que pasaba, marchó á caballo á donde estaban los amotinados, trató de contener el desórden, y mandó disparar un cañon al artillero Ramirez, de lo que resultaron algunas desgracias; pero fué esto suficiente para restablecer el órden, no obstante de que en esos momentos corrió la voz de que estaba envenenado el aguardiente que habian tomado los indios, porque habian muerto algunos. Allende, con el objeto de desimpresionarlos de aquella idea, y para probarles que el aguardiente nada tenia, pidió un poco en la tienda de D. Isidro Duarte y lo bebió.

A fin de organizar el Sr. Hidalgo la administracion, que se encontraba sin autoridades por haber huido éstas, y que era necesario y urgente proveerla de nuevas: nombró para intendente á D. José María Anzorena, acertada eleccion, porque este distinguido mexicano abrazó con entusiasmo la causa de la independencia, hasta perder la vida por su defensa en Zacatecas, como mas adelante se verá.

Con no menos atencion se dedicó á la organizacion de su ejército, habiéndosele unido el regimiento de Milicias Provinciales,

y el de caballería de dragones de Michoacan, ocho compañías que se habian levantado allí, proveyéndolos, en cuanto las circunstancias lo permitian, de lo mas necesario; pero la escasez de numerario para atender á los grandes gastos de su fuerza, le impedian hacerlos cumplidamente; así es que se vió obligado á tomar de los fondos de diezmos y de algunos depósitos de particulares allí colocados, la cantidad de \$ 412,000, dejando los 12,000 para las necesidades de la Iglesia. Con esta cantidad pudo ya hacer los gastos mas precisos, y arreglar su marcha en direccion á México.

Pero dejemos por un momento al Sr. Hidalgo en Valladolid, para dar á conocer al lector en el próximo capítulo las operaciones y providencias del ejército realista.

## OBSERVACIONES.

Al emprender el Sr. Hidalgo su marcha con el ejército para la provincia de Valladolid, prueba que seguia un plan bien meditado para el desarrollo de sus operaciones. La ocupacion de aquella provincia por las fuerzas independientes, venia á dar á su movimiento un impulso extraordinario, y á contar con dos puntos de apoyo de suma importancia, tanto por estar las dos provincias de Guanajuato y Valladolid situadas en el centro del país, como por lo muy abundantes que eran en toda clase de recursos.

Los preparativos que para la defensa de la plaza habian hecho el obispo electo Abad y Queipo y el canónigo Ledos, siendo estos directores de las operaciones, confiados en que muy en breve tendrian dos jefes de conocida aptitud, y que traian órdenes del Virey Venegas para ponerse al frente de aquella plaza, siendo estos los coroneles García Gonde y Rul, á quienes esperaban de un momento á otro, los impulsaba á reunir cuantos elementos pudiesen tener á la mano, para ponerlos á disposicion de aquellos jefes. Pero todo cambió de aspecto al saber que García Conde y Rul habian sido hechos prisioneros, en union del intendente Merino, y que las fuerzas del Sr. Hidalgo se dirigian á aquella capital con el objeto de ocuparla. Desde ese momento ya no se trató de la defensa de la plaza, sino de la de sus personas; para cuyo fin salieron de la ciudad en la noche, y muy sigilosamente, no solo el obispo y canónigo Ledos, sino otras autoridades, tomando distintos rumbos.

A pocos dias vióse en esta capital al Sr. Abad y Queipo asistir con frecuencia al palacio vireinal. Apoderóse del ánimo de estos defensores tal espanto, que ninguna providencia tomaron, no ya para llevarse los elementos de defensa que habian organizado, pero ni aun siquiera para inutilizarlos ú ocultarlos de la vista de sus enemigos; así es que el Sr. Hidalgo todos los aprovechó, cooperando estos realistas, contra su voluntad y modo de pensar, muy eficazmente á la defensa de la independencia. Siempre se obtendrán estos resultados cuando se ataquen los derechos del pueblo. Libres ya los habitantes con la evasion de las autoridades, en el momento acordaron nombrar una comision que saliese á recibir al Sr. Hidalgo: ésta se nombró, y marchó á encontrar al caudillo á Indaparapeo. No sé en qué datos se apoyó el Sr. Alaman, en el tomo I para decir que en la entrevista que tuvieron los comisionados con el Sr. Hidalgo, *se pactó que no habria saqueo: yo no he encontrado ningun dato sobre este particular.*

El disgusto que se dice tuvo el Sr. Hidalgo por haber estado cerradas las puertas de la catedral á su llegada, y que esto fué motivo para que declarase vacantes todas las sillas de aquel coro, con excepcion de cuatro, y aunque lo dice Bustamante y Alaman lo repite, no he encontrado datos que lo apoyen.

La conducta observada por el gobernador de aquella Mitra, conde de Sierra Gorda, al mandar quitar las Tablillas de las puertas de la catedral y dirigir circulares á los curatos de su jurisdiccion, declarando que no habia incurrido el Sr. Hidalgo, en ninguna pena eclesiástica y que no estaba excomulgado, prueban la vacilacion en que se encontraba aquel eclesiástico respecto de la validez de la referida excomunion, á la vez que ponía en ridiculo las penas eclesiásticas.

Acto verdaderamente de valor fué el del Sr. Allende, al tomar el aguardiente que se decia estar envenenado, para probar á los indios que aquel no contenia el tósigo que se le atribuía, á fin de tranquilizar y evitar de este modo los desórdenes que intentaban cometer los indios en aquella poblacion, con el objeto de vengar á los que habian sucumbido, y que esto fué solo efecto de los excesos en las bebidas y alimentacion.

Respecto de lo que se dice que el Sr. Iturbide se presentó al Sr. Hidalgo, ofreciéndole unirse á él si le daba un grado superior en su

ejército, no he encontrado ningun dato sobre este particular; es una de tantas tradiciones vulgares, que carecen absolutamente de fuerza. Es un hecho que al ser ocupada aquella capital por el caudillo independiente, se encontraba en ella de guarnicion el Sr. Iturbide, y que éste salió con direccion á México, siendo esta la vez primera en que se vé figurar el nombre del que mas tarde debería ser nuestro libertador. Otra version hay, de que estando en la mesa el Sr. Hidalgo con el sargento mayor de las Milicias Provinciales de infantería de aquella poblacion, D. Manuel Gallegos, quien se unió á las fuerzas independientes y se le hizo coronel, dijo al Sr. Hidalgo que si él hubiera sabido la clase de fuerza que traia, él, con solo su regimiento, le habria impedido la entrada á la capital. Que si queria obtener ventajas de sus enemigos, que entresacase de aquellas masas 14,000 hombres, se retirase á la sierra de Pátzcuaro, y que él (Gallegos), despues de dos meses los entregaria disciplinados y útiles; que de no hacerlo así, en la primera derrota que sufriese quedaria solo, porque huirian todos como palomas. Aun dada por cierta esta relacion, y si bien el consejo del sargento mayor se dirigia á un buen fin, tomadas en consideracion las circunstancias del Sr. Hidalgo, no podia llevarse á efecto; porque el plan que aquel caudillo se proponia, era el de llevar el fuego de la revolucion y hacer que éste cundiese con violencia por el mayor número de provincias que fuese posible; porque si localizaba su movimiento, concretándolo á un solo punto, no lograba su objeto, ni se hubiera hecho de los elementos de que se hizo, ni ocupado las provincias que ocupó, y el Virey, viendo entónces la revolucion concentrada en solo un punto, y las provincias sin peligro de ser ocupadas por los independientes, tenia su accion expedita y podia mover las fuerzas de aquellas, dirigiéndolas al punto del movimiento, el que estando este aislado, indefectiblemente habria sido ahogado en su cuna.

Creencia muy general ha sido de que la supresion de las canonjías que el Sr. Hidalgo hizo en la catedral de Valladolid á su entrada en aquella ciudad, fué debido única y exclusivamente al sencillo hecho de haber encontrado cerradas las puertas de aquel templo cuando él pasaba por su frente; que esto le impidió entrar para orar en él, y que la providencia que dictó fué solo debida á su carácter despótico é irascible. Esta es una calumnia, y los historiadores que han consignado este hecho en sus obras, han partido de

ligero, insertando cuentos y anécdotas que del vulgo han recogido, sin tomarse el trabajo de buscar el origen y motivos, ni analizar el por qué de esta providencia. De esta manera es como se ha creado una opinion muy general y no muy honrosa de nuestros libertadores, corroborándose esta creencia mas con lo dicho por el Sr. Alaman en uno de los tomos de su obra: "que si no pinta héroes, es porque no los ha habido."

No fué el motivo que tuvo el Sr. Hidalgo para disponer la supresion de aquellas canonjías, el haber estado cerradas las puertas del templo cuando él entraba; sino un acuerdo del cabildo de aquel coro, y á mocion evidentemente del Sr. Abad y Queipo, segun consta por el acta siguiente:

"El cabildo de Valladolid acordó por acta de 16 de Octubre, que en esta Santa Iglesia no se le haga (á Hidalgo) recibimiento ni demostracion alguna, sino que, concluidas las horas de coro, se cierren las puertas y no se abran hasta que lo exija la hora del coro y los señores capitulares se retiren á sus casas." Tomado del papel titulado "El cabildo de Valladolid.—Manifiesto de su lealtad y patriotismo.—Año de 1813."

El Sr. Hidalgo, que tuvo conocimiento de aquel acuerdo porque no faltó quien se lo dijese, juzgó conveniente castigar de alguna manera á sus enemigos, disponiendo la supresion de aquellas sillas.